



# Testimonio de Ana María Ávalos

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional  
1º de octubre de 2013

---

Programa de Derechos Humanos y Departamento de  
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



**Biblioteca Nacional**  
Mariano Moreno

**Ana María Ávalos:** Mi nombre es Ana María Ávalos y vengo a dar mi testimonio por la verdad y por la justicia. Tengo una hija desaparecida en 1980, Verónica. Y no solamente voy a hablar como madre sino como compañera de un proyecto revolucionario. Nuestra militancia, la de mi ex compañero y mía, empezó en la década del setenta. Vivimos muchos años en la época de las dictaduras anteriores bajo regímenes militares, donde nos privaron de todos los derechos: los derechos universitarios, los derechos de poder hablar, de poder tener una militancia política. Es allí donde empezamos nuestra primera militancia, alentados sobre todo por lo que había pasado en el Mayo Francés y en todos los movimientos revolucionarios que siguieron en Latinoamérica.

**Entrevistador: ¿En qué año fue eso?**

**Ana María Ávalos:** Los setenta... Teníamos como ejemplo lo que había sido Cuba y el formidable y estoico ejemplo del Che Guevara y después de Salvador Allende en Chile. Luego se empezó a dar nuestra propia militancia, al comienzo con el movimiento de los Uturunco. Allí nacieron nuestros primeros próceres: el Negro Sabino Navarro, Pablo Maestre, Silvia Misetich, el hijo de Silvio Frondizi, Manolo Belloni —que fue el hijo de Lili Massaferro—. Nuestra militancia se dio dentro del Movimiento Peronista. En aquella época había dos organizaciones: FAR y Montoneros. Nosotros empezamos a militar dentro de la FAR —creo que a comienzos del 71— y luego en el 73 se fusionaron ambas organizaciones y quedamos dentro de Montoneros. Primero nuestra militancia se daba en la Facultad de Arquitectura en un grupo al que llamaban “Los Heraldos”, entre cuales hay bastantes compañeros desaparecidos, y me acuerdo que tuvimos que rendir un pequeño examen para el ingreso dentro de la FAR. En el caso nuestro se trataba de desplegar, con un rompeportón o algún tipo de explosivo así, un cartel en la Plaza Avellaneda. Una vez que explotaba, se desplegaba el cartel y aparecían todos los volantes: ese fue nuestro ingreso a la FAR. En 1963 yo tenía 17 años recién cumplidos y mi compañero tenía 18, y el 29 de octubre nació Verónica, nuestra primera hija.

**¿El nombre de tu compañero?**

Francisco Miguel Cabilla. Cuando tuvimos a Verónica nosotros éramos muy jóvenes y compartíamos toda nuestra militancia: la llevábamos a la universidad, a la JTP (Juventud Trabajadora Peronista) en Lanús que es donde teníamos el trabajo territorial... Yo estaba en Territorial, en la Juventud Peronista “La Vuelta”, y ahí compartíamos con Verónica distintas actividades. El local estaba en la calle Humaitá, en Lanús Oeste. Era el local más importante de zona sur, ahí se aglutinaban muchísimos trabajadores de todas las fábricas de la zona y también de otras zonas.

Verónica aprendió a hacer volantes antes que a hacer composiciones. A ella le gustaba mucho más ir a la JTP con su padre que venir a Territorial conmigo; en todas las reuniones ella tomaba nota y después redactaba sus propios volantes para entregar. Nos parecía minúscula (señala algo pequeño), pegaba las obleas de “Perón vuelve” en todos los lugares a los que concurríamos, en los colectivos, en los baños. El 11 de marzo de 1973, ella compartió con nosotros el acto en Plaza de Mayo, y luego, en los hombros de su padre, fue a Villa Devoto para la liberación de los presos políticos. Yo creo que en aquella época Verónica vivió una de las etapas más ricas de nuestro proyecto revolucionario. Además, le tocó compartir con compañeros muy heroicos como Lino Roqué, Horacio Domingo Maggio, Horacio Campiglia, Hernán Mendizábal, Carlón Pereyra Rossi... todo esto la marcó.

Cuando empezó el accionar de la Triple A tuvimos un compañero herido varios meses en casa, donde funcionaba un pequeño quirófano. En ese momento empezaron nuestras angustias con los hijos; veíamos que nos atacaban, que era muy feroz la represión que llevaba adelante la Triple A y nos preocupábamos por Verónica. El 7 de septiembre de 1973, el Día del Montonero, nació mi otro hijo; le pusimos Mariano Sabino, pobre... Muchos de los compañeros nos planteaban que hubiera sido importante

sacar a los chicos de casa por el peligro que significaba tenerlos en la misma vivienda donde nosotros trabajábamos políticamente. Verónica se negó rotundamente. Ella dijo que sus dos abuelas le habían ofrecido irse a vivir con ellas pero que había compartido siempre nuestra lucha y que de ninguna manera se iba a ir.

En esta primera etapa estábamos en Valentín Alsina y después nos mudamos a la calle Santiago del Estero al 3400, en Lanús Oeste. Esa casa la compartíamos, vivía con nosotros un compañero, José Slavin (Clemente), que era invidente y estaba en la estructura de Francisco. Después de un tiempo decidimos mudarnos a Villa Tesei. No nos llevamos a Clemente con nosotros porque lo iban a sacar del país: era muy difícil para el funcionamiento por el problema que él tenía con la vista. Verónica también se negó a venir a Villa Tesei porque quería terminar séptimo grado en Lanús y hacer el viaje de egresadas con sus compañeras. Entonces, nosotros la llevábamos los lunes a primera hora al colegio y se quedaba en casa de unos vecinos o compartiendo la casa también con Clemente, y luego el viernes a la tarde nosotros la íbamos a buscar.

El viernes 9 de septiembre fuimos a buscarla y, como había sido el cumpleaños de Mariano, y Clemente quería mucho a los chicos, nos quedamos cenando con él, comiendo unas pizzas y luego nos volvimos. Habíamos decidido que al día siguiente lo íbamos a celebrar en forma muy íntima, solamente con sus abuelos, porque la situación ya en Argentina no daba para mucho más. Habíamos terminado la torta y llegó Francisco y nos dijo que estaba muy preocupado porque Clemente no estaba en la casa. Yo hablé con mi madre, que vivía cerca —Clemente había quedado en ir a hacerle unas instalaciones eléctricas—, y me dijo que no había ido. Francisco estaba muy nervioso, pero igualmente yo le pedí que por favor dejásemos que Mariano apagara las velitas y que después siguiéramos con los llamados. Yo me acuerdo la imagen que fue muy desgarradora, me quedó la sensación de que durante mucho tiempo no iba a volver a vivir una situación como esa: Mariano apagando las velitas con mis suegros y nosotros.

Francisco volvió a llamar por teléfono a la casa, lo atendió Clemente y le preguntó qué había pasado. Clemente le respondió que no había pasado nada. Cortó y me dijo “ya está, Ana, está en manos del Ejército”. Llamamos a unos vecinos y nos dijeron “rajen porque está todo lleno de verdes”. A Clemente lo llevaron a la casa muy herido, muy golpeado, esposado, y este vecino entró, dijo que era amigo nuestro y que quería saber qué había pasado con Clemente. Lo encontró tirado en un rincón muy golpeado, al vecino lo amenazaron, lo empujaron, pero ya nos había avisado a nosotros. Así que tomamos a los chicos y a mis suegros, y salimos, la torta queda arriba de la mesa...

Me acuerdo que los chicos lloraban. Los llevamos hasta la avenida, donde tomaron el colectivo con mis suegros y dejamos de verlos bastante tiempo. Nosotros volvimos a la casa con muchos temores porque en la casa había documentación de Perón que no tenía que caer. Así que la cargamos en un jeep y lo dejamos en una estación de servicio lo más próxima posible a la casa. La casa salió en los diarios con un montaje terrible, con un montón de fotografías de armamentos y diciendo que nosotros estábamos haciendo una campaña de boicot al Mundial, que en parte era cierto porque yo les estaba escribiendo a todos los corresponsales extranjeros sobre la situación que se vivía en Argentina.

La casa de mis suegros era allanada constantemente, entonces Verónica se quedaba en la casa de unos amigos porque temían que, por su edad, la pudiesen interrogar. A Mariano —que se quedaba con mis suegros y en ese momento tenía 4 años— lo amenazaban con armas largas y le preguntaban si eran las mismas que usábamos nosotros. Mariano les pedía que por favor se fueran, que no hicieran llorar a su abuelita, que era muy viejita. Después de unos días, cuando la situación se empezó a tranquilizar, Verónica volvió a la casa con sus abuelos, y lograron hacer el traslado de la escuela de Lanús a una de Don Torcuato para que pudiera terminar el séptimo grado.

En la casa de Lanús vivió durante diez años un matrimonio de militares. Ya en democracia, la abandonaron y se llevaron todo: las baldosas, las ventanas, las puertas, la desmantelaron totalmente. Después de un tiempo los dueños (a mi padre lo obligaron a firmar la venta pues estaba a nombre de él) la vendieron a unos vecinos, que hoy han hecho una casa de dos pisos. Nosotros hace un par de meses pudimos volver con Mariano —yo nunca me había animado a volver al barrio porque me emocionaba muchísimo— y fue muy reconfortante. Los vecinos nos recuerdan con muchísimo cariño y para el barrio

nosotros fuimos un ejemplo. Cuando mi padre retiró los boletines de Verónica, la directora de la escuela y la profesora de Verónica le dijeron que teníamos que estar orgullosos de nuestra hija, que evidentemente debía tener unos padres a la misma altura para que tuviésemos semejante hija. Verónica siempre era la abanderada del colegio.

Y volvimos a la casa de Villa Tesei que, por supuesto, también estaba ocupada por militares. Les tocamos el timbre, les dijimos quiénes éramos, que éramos los dueños de la casa y que lo que esperábamos era que la desocuparan y la devolvieran; ellos se negaron. En democracia había otras cosas más importantes que reclamar que dos casas, pero el sentimiento que nos quedó después del allanamiento y de haber perdido todo fue... nos sentimos muy huérfanos, muy desnudos, nos habían sacado las fotografías, los recuerdos familiares, las cartas de nuestro noviazgo, los boletines de los chicos, se habían llevado todo.

### **¿En qué año fue eso?**

En el 77, el 10 de septiembre del 77.

### **¿En qué momento deciden irse?**

Fue una situación muy desesperante porque cuando ocurre esto no teníamos ni documentación ni un fondo económico para hacerle frente a lo que significaba estar en la calle. Además había salido en los diarios, así que nadie iba queriendo acercarse a nosotros. Pero uno de los compañeros, Mario Villani, Tito, que es sobreviviente del Olimpo y que estaba en la estructura con Francisco, fue a una cita que tenía con Francisco y nos enganchó y nos dio dinero. Esto nos permitió ir a un hotel y nos dedicamos con Francisco a recorrer las terminales de ómnibus para tratar de conseguir documentación y lo logramos en la terminal del 107. Nos acercamos, les dijimos que habíamos perdido nuestros documentos y nos dijeron que revisáramos en un cajón que tenían con documentos perdidos. Nos hicimos de varios documentos para poder rearmar una identidad que nos permitiera salir. Lo logramos de la forma más artesanal del mundo, ya en ese momento toda la estructura de documentación de Montoneros también había caído, y a mediados de octubre del 77 nos fuimos a Brasil. Allí tomamos contacto con un grupo de compañeros, se nos suministró unos pasaportes y nos permitió irnos a México.

Fue un momento muy triste. Siempre fuimos como muy argentinos y con una profunda inserción en el barrio, y para nosotros, que celebrábamos Navidad y Año Nuevo con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con la familia, con los chicos, sentir que estábamos en México solos fue durísimo. A mediados de abril del 78, mi padre logró sacar a los chicos. De una manera precaria porque la documentación de Verónica se había perdido —Mariano sí tenía el DNI—, así que mi suegra le tramitó una cédula de la provincia de Buenos Aires, con la que —no sé cómo— confeccionaron un poder, y mi padre los sacó por Ezeiza a Brasil.

En Brasil se encontraron con una pareja de compañeros. Mi padre es chileno y en esos años estaban rotas las relaciones con Chile, entonces le ponían problemas en todos los países para poder continuar viaje con los chicos hasta México. En Perú lo dejaron entrar, creo que por 48 horas, entonces decidió entregarle los chicos a esta pareja de compañeros que siguieron viaje con ellos hasta México.

Y ahí fue cuando volvimos a recuperar la familia, volvimos a estar los cuatro. Ninguno de nosotros quería quedarse en el exterior; estábamos preparados para volver. Todos teníamos en claro que nuestro proyecto, nuestro proceso y nuestras actividades políticas pasaban por Argentina, y el exterior tenía que ser nada más que un momento que nos permitiese poder rearmarnos para volver a entrar. A esto no fue ajena Verónica: desde que llegó estaba totalmente enojada con su estadía en México. Para colmo no conseguíamos colegio, la tuvimos que meter en el colegio John Kennedy, y estaba enfurecida, las compañeras le decían que habían ido a ver *Fiebre de sábado por la noche* y Verónica les contestaba “yo vi *La batalla de Argel*”. No se adaptó.

Después, encontró un grupo de compañeras más acorde a su edad y nos pidió autorización para viajar a España a un curso de formación política... fue algo que en ese momento nos superó. Yo tenía 32 años cuando desapareció mi hija, también éramos muy jóvenes y si bien yo siempre estuve orgullosísima de la militancia de Verónica y de todo su compromiso, sentía que se me iba muy rápido. Bueno, se fue a España y a los pocos días nos hizo llegar una carta: estaba en el Líbano, había tomado la determinación de sumarse a la Contraofensiva Montonera. Nos contaba que estaba muy triste cuando le hicieron esta propuesta porque, por un lado, era consciente que le significaba separarse de al lado nuestro, de la protección, de lo que significaba ser una hija, de haber sido el orgullo nuestro, de haber sido además la hija mayor y de haber compartido tantas cosas con ella. Pero, por otro lado, sentía que su lugar estaba en Argentina y ya no al lado nuestro. Y nos mandó una carta donde a su padre le decía: "Papá, vos siempre me explicaste que algún día a uno le pasaban este tipo de cosas, uno se iba de la casa de sus padres, a mí me está pasando lo mismo, pero por otras razones. Yo me quiero sumar a la lucha en la Argentina", y a mí me decía que ella era coherente con la educación, la formación y la crianza que nosotros le habíamos dado.

Verónica viajó a la Argentina en el 79, nosotros no lo podíamos hacer todavía porque estábamos en México afectados a una tarea. Y en diciembre yo estaba en Brasil, preparando nuestra vuelta, y me llamó mi ex marido y me dijo: "tomate un avión ya", le pregunté por qué y me dijo "prefiero no decírtelo, pero te debes imaginar, es para que pasemos las fiestas todos juntos". Conseguir un pasaje para Mariano y para mí en el medio de las fiestas fue muy difícil; me acuerdo de ir a la oficina de VARIG, ponerme a llorar y decirles "de acá yo no me voy si ustedes no me permiten viajar". Finalmente pude viajar y nos volvimos a reencontrar y pasar juntos la Navidad y el Año Nuevo en México. Nos fuimos a una playa, Zihuatanejo.

### **¿Quiénes se reencontraron?**

Francisco, Mariano, Verónica y yo. Nunca me voy a olvidar la sensación que me dio volver a verla. La vi tan grande, tan madura, tan independiente, y sentía que ese proceso no lo había hecho al lado nuestro, lo había hecho al lado de sus compañeros. El encuentro fue desgarrador porque todo lo que yo no pude hablar con Verónica en su primer viaje, lo pude hacer esta segunda vez: pude darle direcciones de familiares, direcciones de amigos ante una emergencia, explicarle lo que significaba una caída, y me acuerdo que estábamos las dos acostadas en una hamaca paraguaya en una playa y Verónica me decía "mamá, no me busques si me pasa algo, yo no voy a caer viva", y yo le decía "mirá, Verónica, muchos compañeros dijeron lo mismo, y la dictadura tiene métodos como lavaje de estómago, etc., etc., ante la posibilidad de que vos te tomes la pastilla", y me dijo "no, mamá, yo no te puedo explicar cuáles van a ser mis métodos pero yo no voy a caer viva", y yo le dije "Vero, si pasa una cosa como esta tenés que pensar que este es un último combate y que nosotros vamos a estar al lado tuyo". Cuando Verónica desapareció yo estuve ocho años sin poder derramar una lágrima. Yo sentía que tenía que guardar esas fuerzas para ella, para lo que ella estaba soportando en un momento tan atroz como ese.

Transcurrieron esos días en la playa —estaban con nosotros un grupo de compañeros que nos juntábamos para celebrar esas fiestas: Pereyra Rossi, su compañera, otra pareja más de compañeros, Silvia Tolchinsky— y cuando volvimos a México, Verónica preparó su viaje. Yo la notaba muy sensibilizada, muy llorona, en la madrugada se venía a mi cama y yo le planteé en varias circunstancias que si no estaba preparada para volver no había ningún problema, que ella podía seguir quedándose afuera y podía seguir quedándose con nosotros. Verónica me dijo que esa determinación no la iba a tomar con nosotros, sino que la iba a tomar con sus compañeros de grupo.

La fuimos a dejar al aeropuerto, la despedida fue terrible, en el álbum están las fotos de ese día. En un momento, ella le sacó la zapatilla a Mariano e hizo un dibujo de su pie para después mandarle un cuento y una historia con el dibujo del pie. Fue muy dura esa separación, lloró muchísimo y nosotros también. Con Francisco nos dijimos: "No nos queremos quedar con esta imagen, queremos volver a verla", y dimos la vuelta con el auto y ubicamos la sala donde estaban los pasajeros. Empezamos a hacer señas,

abrió la ventana un pasajero y nos preguntó a quién buscábamos: no le pudimos decir, no sabíamos con qué nombre Verónica viajaba, así que bueno, la última imagen que nos quedó fue esa.

Verónica llegó a España y siguió muy sensible en los primeros llamados de teléfono, muy llorona. Me decía: "Mañana tengo la reunión con mis compañeros, pasado mañana te llamo". Y lo que me cuentan es que su compañero responsable del 79 decidió no volver en el 80 a la Argentina con ellos. Verónica lo adoraba y para ella fue un golpe muy duro. Me contó este compañero que en la reunión que se hizo, la más dura fue Verónica y le dijo algo así como "yo viaje a México y el hecho de sentirme nuevamente bajo el cariño de mis padres me hizo dudar, pero fue nada más que un momento, mi lugar hoy está al lado de mis compañeros, y para los que hemos iniciado este proceso, este es el camino a seguir". Me llamó por teléfono al otro día y me dijo que estaba muy bien, que había superado todas las dudas que tenía y que volvía a la Argentina. Esa fue también la última vez que yo hablé por teléfono con ella; después recibimos una carta con el dibujo del pie de Mariano y no volvimos a tener noticias de ella.

Yo viaje a Brasil y en determinado momento, ante la legislación que iba a haber en Brasil respecto a una ley de extranjeros, los compañeros me plantearon que mi condición, con respecto a los documentos que tenía, era muy insegura, que tenía que volver a México lo más pronto posible. Vuelvo a México y es ahí donde me entero... Los viajes míos y los de Francisco durante toda esta época —México, Brasil— siempre fueron en la estructura de la militancia; yo estuve en prensa, hacíamos el boletín montonero en el exterior, y Francisco estaba en la parte de electrónica, jamás dejamos de militar. Al llegar me entero de la desaparición de Verónica. Al principio no lo creí, no podía ser, yo iba a seguirle el rastro a Verónica con todos los datos que le había dado en nuestro encuentro. Pero no, efectivamente nadie la había visto, ni mi hermano, ni los primos, Verónica no había estado con ellos.

Fue a México Theo van Boven, del alto comisionado de las Naciones Unidas. Yo lo fui a ver y le conté que había denunciado la desaparición de Verónica y él, en forma muy alarmada, me dijo que habíamos dejado pasar muchos días, que esto revestía mucha gravedad para la seguridad de los desaparecidos y que era una situación de terrible dolor para los familiares. Ahí empecé a tomar conciencia de la desaparición de Verónica. Tenía terror de solo pensar que no volvería a ver a mi hija, y además yo estaba tan lejos, estaba en México.

Los compañeros de la estructura de Montoneros me dieron un listado de todos los compañeros desaparecidos durante el 79 y durante el 80. Sacamos una solicitada en el diario *El Día* con el nombre y la fotografía de todos y yo empecé a tomar contacto con todos los familiares para avisarles que empezaran a hacer las denuncias en la Argentina. Lo hice también con mis suegros, que fue terrible porque Theo van Boven mandó la denuncia por Verónica a la Asamblea Permanente de los Derechos Humanos y la Asamblea fue a visitar a mis suegros a Don Torcuato un domingo, así que ellos se enteraron primero por la Asamblea que por nosotros. En mi declaración, parte del testimonio se lo dediqué a mi suegra porque fue admirable su actitud. No preguntó nada, solamente qué era lo que tenía que hacer, se bordó un pañuelo blanco y al primer jueves estaba en Plaza de Mayo. A partir de ese momento ella se encargó en la Argentina de hacer todas las denuncias, en el CELS, en la Asamblea, en el Ministerio del Interior, en cuanto organismo existía en ese momento, y yo lo hice desde afuera.

Como yo no tenía documentación legal, la señora Delia Puiggrós me acompañó al Alto Comisionado de los Refugiados para que me ayudaran a legalizarme. Yo también soy chilena, no había consulado chileno en México y tenía que viajar Panamá. Hacía pocos días que había nacido mi tercer hijo, Horacio, cuando viajé a Panamá a tramitar el pasaporte. A los dos meses me lo otorgaron, fui a buscarlo y de ahí me voy directamente a Ginebra, a Naciones Unidas, a presentar la denuncia por Verónica.

### **¿Qué año era?**

El 81 u 82, porque Horacio nació el 19 de septiembre del 81 y tenía muy poco tiempo. En abril del 82, en Córdoba, el general Nicolaidés da la famosa conferencia de prensa en donde manifestó delante de numerosas personalidades —el gobernador Sigwald, distintos miembros del ejército, periodistas y

empresarios— que, pese al férreo control que existía en las fronteras, dos células guerrilleras lograron entrar al país y que estaban compuestas por entre diez y catorce personas (en el grupo de Verónica eran quince). Incluso dice que tuvo la ocasión de poder hablar con uno de ellos. A raíz de estas declaraciones, dado que no existían otros grupos que hayan entrado en la Argentina en esa época ni hayan sido reconocidos ni estuvieran en todos los recursos de hábeas corpus, en todos los papeles la contestación fue siempre negativa. Hice la denuncia públicamente, en México y frente a todos los fueros internacionales y además pedí apoyo. No les importó. El CELS presentó un recurso de hábeas corpus colectivo con la firma de todos los familiares a raíz de estas declaraciones, se llegó hasta la Suprema Corte y nunca jamás respondieron. Cuando volví a mi casa luego de una de las conferencias de prensa que doy en México, vi que había autos de civil esperándome en la puerta. Eran los famosos grupos de la patota que también trabajaban en el exterior. A raíz de esto volvimos con la señora Puiggrós a pedir protección a la gobernación: me pusieron durante un tiempo un guardaespaldas y me pidieron que me vaya a vivir con la señora Delia Puiggrós durante unos días hasta que la situación estuviese un poco más tranquila.

A partir de esto yo pedí apoyo internacional para viajar a la Argentina en compañía de distintas personalidades e iniciar una querrela. La respuesta fue inmediata. El almirante Antoine Sanguinetti de Francia se comprometió a acompañarme, se sumaron también el almirante Lord Adderbury de Inglaterra también, el abogado Claude Katz de la Federación Internacional por los Derechos del Hombre, gente de Noruega, y un montón de otras personalidades. Se hizo una colecta para todos los gastos y cuando todavía nos faltaba la respuesta de algunas otras personalidades empezó la Guerra de las Malvinas y hubo que suspender todo. Imposible poder entrar a la Argentina con un lord inglés y con un almirante francés.

A partir de esa fecha nosotros nos preparamos para volver a la Argentina. Mi ex marido lo hizo en los primeros meses del 83 y yo me voy a Brasil. Mi suegra viajó a buscarlo a Mariano para que pudiera empezar el colegio en Argentina y yo me quedé con Horacio. Justo se hizo un congreso de derechos humanos en San Pablo, donde estaban casi todos los abogados de CELS, y yo decidí sumarme al mismo vuelo en el que ellos volían a la Argentina. Claro, al presentar mi pasaporte chileno y el mexicano de Mariano inmediatamente surgieron problemas en migraciones, pero ahí reaccionó toda la gente que viajaba en ese vuelo y finalmente me sellaron el pasaporte y me dejaron salir. Y esto significaba estar en la Argentina, que era lo que yo más anhelaba.

Inmediatamente, me sumé al trabajo de Derechos Humanos que se estaba llevando acá en la Argentina. Al comienzo lo hice en la comisión peronista de Derechos Humanos, considerábamos y evaluamos en aquel momento que era importante presionar al peronismo porque nos estábamos preparando para unas elecciones y había que lograr que los peronistas se hicieran cargo de todos los compañeros que aún seguían presos. Esa fue la primera etapa después de mi vuelta. En el 84 sacamos una solicitada desde la comisión peronista con las fotos del grupo de los quince compañeros, los nombres, los números de documento, pidiendo colaboración ante cualquier información. Y me contestaron que no pierda tiempo, que estaban vivos en Campo de Mayo, en manos de un tal Durán. Yo ya había hecho la denuncia en la CONADEP, entonces fui a la CONADEP y me dijeron que era imposible hacer algo porque Campo de Mayo tenía muchísimas puertas, era muy grande, y la información era muy incompleta.

### **¿Qué quiere decir que en Campo de Mayo había muchísimas puertas?**

Hemos llegado a la conclusión de que ellos estaban en la Puerta 4, pero Campo de Mayo tiene muchas puertas de acceso. Los antropólogos están terminando de hacer excavaciones en la Puerta 4, en el Campito.

La pérdida de Verónica fue un dolor inmenso. No solamente perdimos a nuestra hija, sentimos que habíamos perdido la mitad de nuestras vidas. Yo creo que debe coincidir con lo que dicen casi todos los familiares que tienen un hijo desaparecido. Se te hace muy difícil poder reconstruir el presente y el futuro, uno queda en ver cómo se puede reconstruir la memoria para que esto le quede a las generaciones venideras. Acá hay un punto que me interesa: hay que entender que Verónica nació y se crió en una

concepción de un mundo diferente, donde la injusticia es un desgarró, el otro es uno mismo, y ella decidió entregar su propia vida en la construcción de esta sociedad más justa.

Después de lo de la solicitada seguimos trabajando en Derechos Humanos durante todos esos años. Yo declaré en el juicio contra la Junta por la desaparición de José Slavin, el compañero que se llevaron de casa, y cuando vino la Ley de Amnistía y Punto Final, (yo recién en ese momento estaba terminando mi divorcio, había muerto mi suegro, y la situación de Mariano y de Horacio era de mucho dolor, de muchas pérdidas) decidí irme con mis hijos a vivir a España, desde donde siempre he seguido trabajando ligada a los Derechos Humanos. Yo volví a la Argentina porque había que hacer el juicio acá, primero con el juez Lijo, que tomó el caso de Verónica, y mis hijos se quedaron en España. Actualmente estoy acá en Argentina viviendo sola. Estoy con compañeros, con amigos, pero mi familia está en el exterior. Y creo que todo esto a uno lo recompensa ante el dolor de tener que estar acá.

En el 2008 salió el juicio del doctor Lijo donde se condenó a Nicolaidis, y me pareció que estábamos hablando de otra Argentina. Estábamos denunciando el caso de compañeros montoneros desaparecidos, donde cada uno de nosotros pudimos manifestarnos tal cual éramos, qué era lo que habíamos hecho, cuál había sido nuestra participación, quiénes eran nuestros familiares desaparecidos, y eso nos recompensó muchísimo. Verónica siempre tuvo claro que el don máspreciado y el más difícil de conseguir que tiene uno es la libertad, y yo lo máximo que puedo decir de mi hija es que fue una persona infinitamente libre. A mí me enorgullece que ella haya podido lograr esto. Hoy en día lo veo todavía como una entrega de una generosidad increíble. Ella perdió su vida con 16 años, y tenía totalmente claro por qué lo hacía y qué era lo que quería. Después de este juicio del juez Lijo empezaron a aparecer muchísimos documentos de inteligencia del ejército que nos permitieron contar con mayor información.

### **¿Dónde aparecen? ¿En qué circunstancias?**

En Bahía Blanca, en Gendarmería, apareció un documento grandísimo. En La Diva aparecieron otros, en los juzgados aparecieron otros. Supongo que en la medida en que se fue investigando fueron apareciendo estos documentos. Esto nos permitió precisar que Verónica fue secuestrada en la estación Once, que estaba con Julio César Genoud y Mariana Ercilia Guangioli —ambos también desaparecidos— y que fue el 27 de febrero de 1980. También nos permitió poder reconstruir las caídas del resto del grupo; la primera se origina en un guardamuebles, algo ampliamente conocido por el Ejército, incluso en el diario *Clarín* o el diario *La Nación* a principio del 80 había salido la información de los guardamuebles. Sin embargo, se siguieron usando.

### **¿Podés aclarar qué es la información de los guardamuebles?**

Era el método que se usaba en Montoneros para dejar guardados todos los equipos, armamentos, materiales, etc., una vez que se iban del país. Entonces se montó una operación, que es impresionante, porque además hoy tenemos el apellido y el nombre de toda la gente que actuó, creo que eran ocho grupos, esperando la llegada de los compañeros a los guardamuebles. Cayeron dos, uno en Olivos y otro en Capital, en la avenida Gaona.

Hubo un profundo trabajo de inteligencia. Campiglia —miembro de la conducción táctica de Montoneros— y Mónica Susana Pinos estaban en Panamá y tenían que viajar a Brasil. En el aeropuerto de Panamá, Mónica tuvo problemas con la documentación y la pararon, entonces Campiglia se acercó y finalmente los dejaron embarcar. Evidentemente ya los tenían ubicados. Ellos tomaron este vuelo, creo que a Río de Janeiro con escala en El Salvador, y en Río los estaban esperando en el aeropuerto: los sacaron del avión de Viasa, los subieron al avión Hércules y los llevaron a Campo de Mayo. Era imposible que se supiera esto, había un solo compañero que conocía esta cita, que era Emilio Ferré Cardozo; él tenía una cita con Campiglia en Brasil, pero jamás hubiese sabido en qué número de vuelo ni en qué compañía

ni en qué día iba a viajar. Hoy hemos llegado a la conclusión de que hubo un trabajo muy grande de inteligencia hecho desde Panamá. Ya en democracia, a Francisco lo contrataron para la instalación de una radio en Panamá; estaba esperando en un avión para transportar las antenas y subió un señor llamado Eliécer Gaitán, militar panameño de las fuerzas de defensa, y le dijo “vos no habrás sido Montonero, ¿no?”. Francisco no le pudo ni contestar, y le contó: “Yo estuve recibiendo instrucción militar en Buenos Aires, soy muy amigo de Seineldín, a mí me llevaron a presenciar un fusilamiento en Campo de Mayo en el 80, donde sacaron a los presos, los hicieron cavar una fosa, los cortaron con cal y los enterraron ahí”. En el juicio, cuando yo declaré en Campo de Mayo, lo nombré a este Eliécer Gaitán, porque además es cierto, estuvo acá en Buenos Aires, estuvo recibiendo instrucción militar, dijo que le enseñaron a torturar a los presos políticos y le enseñaron incluso a torturar a embarazadas, y el tema del fusilamiento no es la primera persona que lo nombra, sino que está también en documentos... Bueno, lo busque... él habló, esta persona estaba en Campo de Mayo, estaba a cargo de la Puerta 4, era el responsable además de los compañeros que estaban ahí. Él era el encargado de preparar los vuelos de la muerte, explicó con lujo de detalles cómo los envolvían, qué medicación les daban para poder arrojarlos al mar, y habló de cincuenta y tres compañeros que fueron arrojados al mar, y habló además del fusilamiento en Campo de Mayo y de una entrevista que tuvo Galtieri con Horacio Domingo Campiglia, que luego también fue fusilado. Nosotros sabemos, por información que ha llegado, que también fueron fusilados Bernardo Daniel Tolchisky, el Pato Zucker y Ferré Cardoso. Lo del Pato Zucker lo contó un tal González en un programa de televisión, donde contó de su fusilamiento en Campo de Mayo.

### **¿Y de tu hija dice algo?**

No la nombró, pero en la lista que nosotros más o menos pudimos reconstruir estaría Verónica. Él se llama... este hombre se volvió loco, dice que a ellos los mandaban a hacer este tipo de trabajos mientras el resto de la gente se repartía los botines de guerra de los allanamientos y que no podía dormir. Él pide una indemnización porque lo perseguían los gemidos y los llantos de los compañeros. Este señor es el teniente coronel Eduardo Francisco Stigliano, que tuvo un ataque cerebral múltiple y murió. Él dijo que dejó dos cartas con toda la información completa, sellada y lacrada en dos escribanías; no las hemos podido encontrar hasta el momento. Pero bueno, todos estos documentos del terror han sido los que llevaron a rearmar el itinerario de los compañeros y así poder determinar los responsables de cada centro para poder ahora juzgarlos en el juicio de Lijo y ahora en el nuevo juicio que vamos a hacer con la jueza Belice en San Martín por Campo de Mayo.

Lo que sí me gustaría decir es que el pueblo argentino sufrió una cruel dictadura y que los únicos violentos fueron ellos, que ejercieron la violencia a través del brazo armado de la oligarquía y los grupos económicos, que era el ejército argentino. Fue una violencia desde el Estado, y creo que esto es importante remarcarlo porque cuando se habla de la teoría de los dos demonios... por Dios, no, aquí la violencia fue generada desde el aparato estatal por ellos, y la venimos sufriendo desde la época de la Triple A en adelante. También quiero aclarar que hay un libro que habla del grupo de la Contraofensiva en el que nombran a Verónica como “el tamborcito de Tacuarí”, cosa que me parece un horror. Verónica no fue un tamborcito de Tacuarí, Verónica tenía una determinación y un nivel de entrega y de participación en la lucha como cualquier otro compañero militante. No es el tamborcito de Tacuarí. Esto fue algo que nos causó mucho daño a la familia y a mis propios hijos, que nuestros propios compañeros pudieran hablar de ella de esa manera cuando la han conocido desde que tenía muy pocos años y que fueron viviendo cómo fue el proceso de su militancia y de su entrega. Yo quiero la verdad. Pero no quiero la verdad de los documentos de inteligencia, quiero la verdad de parte de ellos. Ellos nos tienen que decir qué hicieron con nuestros hijos, dónde los arrojaron, dónde están sus restos. Creo que ya es un problema humanitario, tenemos que volverlos a recuperar, ellos son nuestros. No son de ellos. Y me gustaría terminar esto con algo que escribió Baschetti sobre Verónica, que dice que “en cualquier otro país sería considerada una heroína nacional, en este recién estamos bregando para que

su valentía y heroica decisión no quede sepultada en el olvido”. Yo también me voy a encargar de que no quede en el olvido.

Me gustaría agregar que la vida de Verónica trascendió. Yo creo que ya es parte de una historia, de esta historia nueva de la Argentina. El 21 de septiembre del año pasado, en el mes de los estudiantes, el grupo GAC (Grupo de Arte Callejero) puso una foto de Verónica grandísima en la ESMA; una unidad básica de Chascomús se llama Verónica María Cabilla. Este 29 de octubre, Verónica hubiera cumplido 50 años, tenía 16 cuando se la llevaron, y la primera o segunda semana de noviembre lo vamos a celebrar en la unidad básica junto a todos los compañeros y junto a todos los jóvenes nuevos y militantes que hoy se están sumando a este proceso en la Argentina.